

Guizot y á los protestantes. No es ella la que se retarda, y en cuanto á la libertad, ¡mucho tiempo hace que la tienen ellos! ¿Qué los detiene pues en hacer uso de esa libertad para volver á la unidad?

Pero otra es la alianza que preocupa á Mr. Guizot.



CAPITULO VI.

LA ALIANZA QUE MR. GUIZOT PROPONE ENTRE LOS DISCÍPULOS DE LA AUTORIDAD Y LOS PARTIDARIOS DEL LIBRE EXAMEN ES FALSA EN SU PRINCIPIO Y QUIMÉRICA EN SU OBJETO.

Mr. Gouraud habia dicho: “En cuanto á buscar un compromiso entre los dos sistemas (el del sentido propio y el de la autoridad), eso es quimérico; la *fusion* es algo mas vana, si es posible, en el órden religioso que en el político.”

Mr. Guizot piensa como Mr. Gouraud: “El restablecimiento de la unidad en el seno del catolicismo, por la reunion de todas las Iglesias cristianas, ha sido el voto y el trabajo de los mas grandes talentos católicos y protestantes, y Bossuet y Leibnitz lo han intentado. Hoy aun preocupa esta idea á muchas bellas almas, y piadosos obispos me lo han atestiguado con una confianza que me honra. En el órden espiritual y entre creencias religiosas no hay transaccion posible; porque la necesidad no puede nunca llegar á ser la verdad: la fé no admite la fusion; solo exige la unidad.”

Nunca dejan de tener valor las palabras de Mr. Guizot; pues cuando no aprovechan á la proposicion para que las enuncia, llevan siempre en sí un sello de verdad tanto mas profundo, cuanto que á menudo van mas allá de la intencion de su autor.

Así, ¿qué alcance no tienen contra el Protestantismo en esta frase: *La fé exige la unidad!* Y contra la

alianza que él mismo propone en esta: *La necesidad no puede nunca llegar á ser la verdad!*

Pero vengamos al exámen de su proposicion.

El sentimiento que Mr. Guizot empieza por espresar sobre este objeto es evidentemente efecto de una mala inteligencia. La idea de Bossuet y de Leibnitz, que preocupaba aun á piadosos obispos, y que preocupará siempre á la Iglesia, no es tan imposible como él lo piensa. No se puede transigir sobre la fé: sea. No hay compromiso posible entre el sentido propio y la autoridad: esto es incontestable. Tambien es verdad que en esta generosa empresa solo se trataria de reunion y no de transaccion ni de compromiso.—Ya que ha figurado la palabra *fusion*, de ella me valdré para emitir mi pensamiento. ¿Qué deberá entenderse por fusion en el mundo político, si no es la reunion, por medio de la sumision, de la rama menor con la mayor de la antigua dinastía? Tambien en el órden religioso seria la reunion, por medio de la sumision, de la rama menor con la mayor del Cristianismo, para reformar el tronco único de la dinastía de la Iglesia. Estoy cierto de que Mr. Guizot se ha engañado si ha visto otra cosa en el pensamiento de los piadosos obispos de quienes habla; y estos le han hecho mas honra de la que él piensa, creyéndole capaz, á él, príncipe del Protestantismo, de concurrir á esa reunion tan apetecible por el mas grande y digno de todos los medios, el de su personal retorno á la unidad.

Por lo demas, Mr. Guizot no haria en esto mas que seguir el ejemplo de Leibnitz; solo que, en vez de esponerlo oscuramente en un testamento de creencia (1),

(1) En su *Systema theologicum*. "...Esta confesion de fé sincera é íntima de Leibnitz, la que jamás pudieron lograr sus contemporáneos que hiciese en voz alta, la tenemos entera de su mano. Podemos leer descubiertamente en esa grande alma, que fué objeto de

mas generoso y mas grande que aquel grande hombre, rendiria un solemne y brillante homenaje á la verdad á la faz de su tiempo, y podria consagrarle los fuegos aun esplendentes de su bella inteligencia. Mr. Gui-

tantos votos y sospechas... Nada de sutilezas, de ambages ni de cuestiones preliminares sacadas de intento para eludir las cuestiones principales, poca argumentacion sobre los misterios, un buen sentido humilde y firme, un razonamiento franco y sóbrio, que va recto al fondo de las cosas, y sabe detenerse á tiempo; la autoridad de la Iglesia admitida, sin reserva y tambien sin discusion; el concilio de Trento citado muchas veces y siempre con respeto: estas son, preciso es confesarlo, verdaderas novedades en Leibnitz, y la prueba de un trabajo de ese talento sobre sí mismo, al que es curioso asistir. De buena gana dirigiríamos las siguientes preguntas á los lectores, y á los filósofos, y á los mismos protestantes: ¿su razon, por estar sometida, aparece menos vigorosa? no se siente su fuerza doblada por el esfuerzo mismo que la contiene? Apoyado en la autoridad de la Iglesia, no parece que Leibnitz habla mas alto y ve mas lejos? Hasta su estilo toma aquí por la primera vez una uncion severa, un gravedad penetrante que solo la firmeza de la fé puede dar á su expresion..." (Mr. Alberto de Broglie, prefacio de la traduccion del *Systema theologicum*.)

En un pequeño escrito titulado *de la Religion de Leibnitz*, un protestante, profesor de filosofia en la facultad de letras de Paris, Mr. Waddington, ha combatido la opinion de Mr. Alberto de Broglie, por mí adoptada, que coloca al final de la vida de Leibnitz la composicion del *Systema theologicum*, y ha creído deber esplicarse en términos descomedidos. Esto no me impedirá apreciar el valor de las razones de Mr. Waddington con la moderacion debida. La verdad lo quiere así; pero tambien quiere que, sea cual fuere la época que se suponga á ese escrito que dejó Leibnitz, no se disimule su importancia, su carácter profundamente grave y solemne que no permite desconocer una verdadera confesion de fé; de tal modo que el mismo Mr. Waddington no halla en todo Leibnitz palabras mas religiosas y fuertes que oponer á los deístas que á este grande hombre reclaman, el siguiente principio de su *Systema theologicum*: "Despues de haber invocado el socorro divino por medio de largas y fervientes oraciones, dejando á un lado, cuanto es posible al hombre, todo espíritu de partido, meditando sobre las controversias religiosas, con la libertad de un hombre que llegase de un mundo nuevo, me he detenido, en fin, en los puntos siguientes que he creído beber abrazar. porque

zot, no lo dudamos, es bastante grande para sentirse honrado con la confianza, así esplicada, que le atestiguaron piadosos obispos, y para honrarse mas aun á sí mismo, correspondiendo á ella.

Añadamos que el sacrificio para el Protestantismo, seria mucho menor hoy que en tiempo de Leibnitz, y el retorno mas fácil; porque es tal el estado de disolucion á que ha llegado, que todo lo que tenga un corazon cristiano necesita, á los ojos de los protestantes, de ser católico.

Pero no llega á tanto el pensamiento que preocupa á Mr. Guizot; pues admite que protestantes y católicos guarden entre sí todas sus divisiones y disentimientos; y solamente los convida á reunirse en el terreno de la fé comun, y en vista de un interes comun.

la santa Escritura, la autoridad de la antigüedad piadosa, la misma sana razon y el testimonio de la historia parecen reunirse para inspirar tal conviccion á todo espíritu exento de preocupaciones."

Mr. Waddington tiene razon al oponer esas palabras á los que osan negar la fé de Leibnitz. ¿Pero qué fé? Evidentemente la que Leibnitz asienta inmediatamente en su esposicion bajo la solemne garantía de esas palabras que, ó nada prueban para la fé de Leibnitz, ó prueban que esta fé se fundaba no solo en la revelacion de la santa Escritura, sino tambien en la Autoridad de la Iglesia y del Papa, en el Culto de los Santos, en el Purgatorio, en la Presencia real y el Sacrificio de la Misa, en la Confesion, y en una palabra, en los puntos principales de la fé católica rechazados por los protestantes, y de los cuales hace en su *Systema theologicum* una profesion nada equívoca.

No decimos por esto que Leibnitz haya positivamente abjurado el Protestantismo: nó, pues ha sido, como el célebre protestante Grotius, del número de aquellos de quienes se ha escrito en los profetas: "El niño se apresura por ver la luz, y á la madre le faltan fuerzas para darlo al mundo; Venerunt filii usque ad partum, virtus non est pariendi;" pero diré que se hallarian muchos mas católicos que protestantes, incluso Mr. Waddington, dispuestos á suscribir la profesion de fé de Leibnitz, y que así como los Padres de la Iglesia decian: *Seneca noster*, nosotros podemos decir: *Leibnitius noster*.

La fé comun de todos los cristianos, sea cual fuere la Iglesia á que pertenezcan, es la fé en la revelacion divina y en Jesucristo venido á la tierra par salvar al mundo;—el interes comun, es la defensa de la fé y de la ley cristiana contra la impiedad y la anarquía.—Esta fé y este interes comun son infinitamente superiores á todos los sentimientos que los dividen, y deben por consiguiente, sean cuales fueren estos disentimientos, reunirlos contra el enemigo comun.

Esto es muy especioso en la apariencia; pero no nos fiemos de palabras, y menos de palabras vanas, y busquemos el fondo de las cosas.

¿De qué nacen los disentimientos y qué queda de incontestablemente comun entre los católicos y los protestantes?

Para no perdernos en los detalles, digamos solamente que el hombre moral es espíritu y corazon, y que las dos grandes necesidades de su naturaleza son el conocimiento y el amor. Dios, de quien es imágen, y para la posesion del cual ha sido hecho, se ha revelado tambien á sí mismo bajo una doble relacion correspondiente á esas dos grandes necesidades: como Verdad y como Caridad. Toda la revelacion, todo el Cristianismo consiste en esa doble relacion del Criador con su criatura: como Verdad, satisface la necesidad que tenemos de conocer, y nos da la luz; como Caridad, atiende á la necesidad que tenemos de amar, y nos da el amor. Así el Dios de los cristianos ha dicho escelentemente de sí mismo: *Ego sum Veritas*; y tambien *Deus Caritas est*. Ahora bien, ¿en qué consiste esa relacion de Verdad y esa comunicacion de luz, esa relacion de Caridad y esa comunicacion de amor? Cuáles son los dos grandes canales, las dos grandes arterias que emplea Dios para nutrir así nuestro espíritu y nuestro corazon, y por los que al irse quedó unido á nosotros, y á todos

retiene en comunicacion con él? Son la enseñanza católica y el sacramento eucarístico. Por la infalibilidad de la primera, el Catolicismo determina al entendimiento humano y lo fija en la certeza de la verdad; y por la participacion renovada del segundo encanta al corazón y le comunica el fuego del amor de esa misma verdad. Por ambas partes hallamos siempre á Jesucristo continuado en el púlpito y en el altar, bajo la fé de estas palabras que se aplican á la enseñanza: EL QUE OS ESCUCHA ME ESCUCHA; de estas que se aplican al sacramento: ESTE ES MI CUERPO, y de estas que se aplican á ambos: ESTOY CON VOSOTROS HASTA EL FIN.

He ahí la fé católica; he ahí lo que hace la vida del cristiano, y lo que produce estas dos grandes maravillas; la *unidad* en la doctrina y la *fecundidad* en las obras; haciendo de los católicos de todos tiempos y lugares un solo espíritu y un solo corazón, mas que esto, un solo cuerpo místico, la Iglesia, *desposada con Cristo, su único esposo, para serle presentada como virgen pura*, (1) en cumplimiento de esta suprema plegaria del divino Maestro: "Padre santo, conservad en vuestro nombre los que me habeis dado, á fin de que sean UNO en nosotros. Yo no ruego solo por ellos, sino tambien *por todos los que por su palabra crean en mí*, á fin de que TODOS sean UNO como Vos, mi Padre, estais en Mí, y yo en Vos, á fin de que ellos tambien sean UNO en Nosotros." [Evang. segund. Juan, caps., XIV, XV, XVI.]

He aquí lo que profesa y lo que practica el católico; he aquí lo que rechaza y desprecia el protestante: no es otro el motivo de su mútuo disentimiento; esto es todo.

(1) Despondi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo. [Ad Corinth., II, XI, 2.]

Todo; porque ¿qué hay despues de esto, que realice ese objeto del Cristianismo y de la plegaria del Salvador, de que sean UNO en NOSOTROS?

Queda, dice Mr. Guizot, *la fé comun en la revelacion divina, y en Jesucristo venido á la tierra para salvar al mundo*.

Pero esto mismo no lo sabe, ni lo conoce, ni lo comprende el católico sino por la enseñanza de la Iglesia, y del modo que la Iglesia se lo explica y aplica; porque esto, si es algo, lo debe á esta explicacion y á esta aplicacion. Fuera de la Iglesia, este símbolo se reduce á vanas palabras vagamente convenidas, cada una de las cuales viene á ser un abismo de incertidumbre, de disentimiento y division, desde el momento en que se quiere hallar en ellas algun sentido. Podria decirse que no es mas que una letra muerta; pues en queriéndola animar, se divide y muere. ¿Qué es Jesucristo? ¿cómo ha venido? ¿cómo nos ha salvado? ¿de qué modo se nos imputan sus méritos? ¿Qué es la fé? ¿cuál es su relacion con las obras? &c. Todas estas palabras, fuera de la enseñanza de la Iglesia, son como los dientes de la serpiente de Cadmus: de ellos salen batallones armados que se baten, y fermentos de discordia que destruyen toda unidad.

Esta fé en Jesucristo venido á la tierra para salvar al mundo, es comun entre los protestantes y los católicos; pero ¿lo es ya entre los protestantes? No los dispersan por cierto estas cuestiones: ¿Qué es Jesucristo? ¿es consustancial al Padre ó no? ¿es Dios, ó es hombre?—¿Qué es, pues, lo que los separa, no solo de la Iglesia sino aun entre ellos mismos? ¿Qué es lo que los fracciona en mil iglesias; y en cada iglesia en mil sectas, y en cada secta en mil sentidos individuales y contradictorios, en tal grado, que el protestante Vinet se haya creído obligado á dar el siguiente extraño consejo? "¿En una congrega-

cion donde hay dos pastores predicando sucesivamente al mismo auditorio, es de desearse que se liguen lo bastante, y que haya entre ellos suficiente confianza mútua y concierto, para que aprecien debidamente la predicacion de ambos, de modo que solo forme una predicacion, en la que se evite el doble empleo tanto como las coaliciones?" (Página 248.)

Que los protestantes, ó mas bien, que solo dos protestantes se pongan de acuerdo sobre esta fé que dicen es comun entre todas las iglesias; que en esta materia haya un protestante que esté de acuerdo consigo propio, así como nosotros los católicos, esparcidos sobre la faz de la tierra y en el curso de los siglos, estamos de acuerdo unos con otros, y despues veremos si hay acuerdo entre nosotros y ellos.

Hasta ahora, el disentimiento es tanto mayor cuanto que se estiende hasta la raiz, hasta el principio de la creencia, ó mas bien, proviene de ella. La FE, no importa á qué, ese acto del espíritu, esa inclinacion del corazon, ese movimiento del alma: ¿es cosa comun entre nosotros? ¡Ay! ¡no! Ciertamente es que la fé implica la autoridad, puesto que es un acto de sumision; luego es el principio contrario, el libre exámen, el sentido propio é individual lo que constituye el Protestantismo. En vano es que se presente á la Biblia como objeto de la fé del protestante; ya lo hemos dicho y lo ratificamos: la Biblia es lo que es su interpretacion, su conocimiento; cada protestante se crea una Biblia á su modo, y por eso hay tantas Biblias como protestantes. En definitiva, el protestante no cree mas que en sí mismo, en su sentido propio; lo que vale tanto como decir que no cree. Es inútil llevarse de palabras y cerrar los ojos á la verdad; pues ni por eso existe menos la verdad, ni sin ella podemos cosa alguna.

Hay sin duda, y me es grato reconocerlo, cierto nú-

mero de protestantes que, ademas de la gracia del bautismo que los hace cristianos, se adhieren á la fé de Jesucristo, tal como la ven en el mundo, sin examinar el simulacro de piedad que se la predica, sin conocer sobre todo, y sin poder conocer la verdadera autoridad de la Iglesia, único depósito de esa fé. La buena fé de esas almas rectas, que Dios solo conoce, podrá salvarlas; porque esa buena fé los hace penetrar en el alma de la Iglesia misma; porque son católicos extraviados en el Protestantismo; yo los reconozco por hermanos. Mas si su buena fé puede salvarlos, la inconsecuencia de su situacion, y la inconsecuencia general del Protestantismo, les impide concurrir con nosotros á la salvacion de la sociedad y á la lucha contra la impiedad socialista; porque solo la lógica y el buen sentido pueden facilitar las armas para esta lucha.

Tambien Mr. Guizot echa mano del buen sentido para convidarnos á él, y tambien se vale de otra potencia, la caridad. Examinemos desde luego la razon de buen sentido.

"Allí donde la unidad no existe, dice Mr. Guizot, cuando no es posible la fusion de las Iglesias diversas, y cuando se halla establecida la libertad religiosa, hay lugar para el buen sentido práctico y para la caridad cristiana. El buen sentido dice á los cristianos que se hallan frente á un mismo enemigo, mucho mas peligroso para ellos, que serlo pueden los unos para con los otros; porque si triunfase, los dañaria á todos con el mismo golpe La fé cristiana en su carácter esencial y vital, es decir, la fé y la sumision al orden sobrenatural cristiano, es la única que puede sostener ese gran combate. Convénzanse los cristianos, católicos ó protestantes, de que lo que perdiese el Catolicismo en crédito y en imperio, en las sociedades católicas, y lo que el Protestantismo perdiese, en crédito y en imperio, en

las sociedades protestantes, no lo habian de ganar el Protestantismo ni el Catolicismo. Es, pues, para todos los cristianos, cualesquiera que sean sus disidencias en la esfera cristiana, interes evidente y deber imperioso aceptarse y sostenerse mutuamente como aliados naturales, contra la impiedad anticristiana. No serán demasiado todas sus fuerzas y sus esfuerzos reunidos para triunfar al fin en esta guerra, y salvar á un tiempo al Cristianismo y á la sociedad.”

Este pasaje ofrece lo que hay de mas especial en el escrito de Mr. Guizot.

Determinemos su sentido por medio de algunas distinciones.

Desde luego nos vemos en la necesidad de declarar que está muy lejos de nuestro pensamiento desconocer que, como ciudadanos, como gentes honradas, como seres sociales, morales y religiosos, debemos ligarnos todos como un solo hombre, para oponer la fuerza, el testimonio y la conciencia del género humano, al enemigo comun de toda sociedad y de toda civilizacion. Evidentemente es nuestro deber hacerlo; y en este límite de concurso, correspondemos al llamamiento de Mr. Guizot.

Pero este llamamiento nos lo dirige Mr. Guizot bajo otro título, en otra calidad; en la de cristianos y en interés del Cristianismo, y por él, de la sociedad.

Sobre este punto, haremos aún una distincion. ¿Quiere decir Mr. Guizot simplemente, que todo cristiano, católico ó protestante, debe defender con todo su poder el Cristianismo, y lo que en esto haga debe ser honrado, alentado, aceptado por los otros? Tambien en esto somos de un mismo parecer. Los católicos han rendido siempre homenaje á los grandes trabajos de apologética cristiana, con que los Abbadie, Larduer, Leland, Lyttleton y otros protestantes han enriquecido el arsenal de la verdad, y en ellos han ido frecuentemente á buscar,

con reconocimiento, armas contra el error. Si Mr. Guizot no hubiera querido decir mas que esto, hubiera dicho una cosa trivial, por lo muy recibida y practicada.

Mr. Guizot ha querido decir otra cosa.

He aquí lo que ha querido decir: la fé comun entre los protestantes y los católicos *siendo infinitamente superior á sus disentimientos*, y siendo el enemigo de la fé mucho mas peligroso para ellos, *que serlo pueden los unos para con los otros*, es para ellos, *sean cuales fueren sus disidencias*, un interes y un deber de *ACEPTARSE mutuamente con sus disentimientos*, de *pasar por esos disentimientos*, para coaligarse en el interes infinitamente superior de su fé comun.

Pues bien; eso es lo que nosotros no podemos admitir, eso es lo que juzgamos peligroso dejar pasar, eso es lo que importa contradecir.

Ya lo hemos visto, los disentimientos que existen entre los católicos y los protestantes, lejos de ser insignificantes, son el todo; léjos de estar infinitamente debajo de su fé comun, absorben toda fé. El principio del Protestantismo escluye sobre todo la autoridad, la sumision, la regla, y como tal, es el principio de ese mal comun contra el que Mr. Guizot quiere coaligarnos.

De ahí saco tres deducciones: la primera es que el mal comun del Socialismo es menor para nosotros los católicos que el peligro particular del Protestantismo;—la segunda es que es menor para nosotros que para el Protestantismo;—la tercera es que el acuerdo que se nos propone para combatirlo seria para todos mas funesto que provechoso.

Vosotros mismos sois el enemigo comun, el Socialismo, ó á lo menos de vosotros viene; porque el Socialismo es el libre exámen practicado en sus últimas consecuencias, y vos sois el libre exámen profesado en su primer principio. El es el Protestantismo social, como vos

sois el Socialismo religioso. Sois pues tan peligroso para nosotros como pudiera él serlo para todos; lo sois mas aún; porque lo sois con todo el ascendiente que el principio tiene sobre sus consecuencias. Por la profesion continua de este principio, autorizais, alimentais virtualmente esas desastrosas consecuencias, que, sin vos, no tendrian relacion alguna con lo humano. Sin duda las rechazais con todo el horror de vuestra naturaleza honrada, las maldecís como nosotros; pero sois un padre que rechaza y maldice á sus hijos: no estais menos en ellas, ni dejais tampoco de ser padre.

Así sois mas peligrosos para nosotros los católicos que el enemigo comun. Tambien añadiré de paso que ese enemigo comun es mas peligroso para vosotros que para nosotros, y que por lo tanto no es del todo comun.

De seguro el peligro material, la subversion civil y social nos amenaza á todos igualmente, y en este caso el peligro es comun; pero en el órden espiritual y religioso no hay nada de eso; pues todo lo que sea muerte para el Protestantismo resulta vivificacion para el Catholicismo, y por este, para la sociedad. Destino es del error que sin cesar aumenta sus proporciones, que sea cada vez mas error, que se aleje mas y mas de la verdad, es decir, de la sávia y de la vida que la verdad se lleva consigo al separarse del error, y que por consiguiente muera á causa de su triunfo, ó á consecuencia del triunfo. Tambien la verdad perece; pero es cuando se halla mezclada con el error; pues si se ha mantenido entera y distinta á la faz de este, las pérdidas de este la enriquecen, y sale entonces tanto mas fúlgida y poderosa, cuanto es mayor el contraste que forma con su adversario derrotado. El Socialismo será la última consecuencia, y por consiguiente la muerte del Protestantismo. Entre este y aquel figura el Filosofismo, que es el padre, como el Protestantismo es el abuelo del So-

cialismo; pero este horroroso hijo y nieto arrastra lógicamente al abismo á sus antecesores. De nada sirven las inconsecuencias que les han prestado largo apoyo para sostenerse en la pendiente, y de nada que puedan luchar algun tiempo todavía á los bordes del precipicio; porque en definitiva, la lógica sigue su ley fatal, y hace que todo marche bajo esta ley. Hoy que presiente su fin el Protestantismo quisiera aliarse con el Catholicismo só color de interes comun, pero ya se ha visto que el interes no es comun, ni pudiera serlo cuando el Protestantismo se ve acusado, y el Catholicismo justificado por el Socialismo. ¿Quereis remontaros á la unidad, y volver al seno de nuestra madre comun? Entonces os tenderemos la misma mano que desde hace tres siglos os brindamos. ¿Pero nos la pedís para que continuemos separados? La retiraremos, no solo por interes, sino tambien por deber hácia la verdad, hácia la sociedad; pues si os la dejásemos, á todos nos arrastraríais al abismo.

Sin duda, ya lo hemos dicho, el acuerdo que Mr. Guizot propone para conjurar el peligro seria mas funesto que provechoso.

La cosa es clara y no necesita largo desarrollo. Si el Socialismo es al Filosofismo lo que el Filosofismo al Protestantismo; si es el hijo desarrollado del libre exámen; si es el libre exámen pasado del órden religioso al filosófico, político y social; si es la insurreccion reciente contra la Iglesia, el Estado, el hogar; evidentemente no podemos combatirlo mas que en su principio, el libre exámen, y por su contrario, la autoridad. Siendo así que el protestante profesa el libre exámen, ¿cómo podria combatirlo? Niega la autoridad, ¿cómo podria invocarla? Su mano recibiria la primera herida de esta arma, ¿qué fuerza tendria pues? ¿Ni qué fuerza tendria aún la nuestra si la empleáramos con él; puesto que forzo-